

las, gozándose con sumo gozo en contemplar y oír á las dos ausentes, á Popea y Acté, que llevaba en lo interior de su alma y aparecían á cada evocación suya en los infinitos espacios de su pensamiento, embargado con incontrastable y continuo embargo del amor y del arte. Colocados ya todos los asistentes en sus sitios respectivos, empezaron las conversaciones predecesoras del discurso que rumiaba el infeliz Británico, y que fulminado por sus labios debía caer como un rayo sobre su cabeza y troncharla.



## CAPITULO X

### IMPLACABLES VENGANZAS

Tres grupos capitales formaban los asistentes al banquete: los grupos de Británico y sus compañeros; de Nerón y su familia; de los filósofos y poetas, presididos aquéllos por Séneca y éstos por Lucano. El gasto y el enorme lujo excedían en estas comidas á cuanto en otras se mostrara. No podía el Palatino, la residencia de los emperadores, dejarse vencer por nadie, á causa de que no podía superarlo todo sino siendo superior á todos. Así las escuadras del Imperio empleábanse muchas veces en llevar manjares al emperador. Nerón ponía desde los parthos hasta los andaluces á contribución para que le regalaran y enriquecieran la mesa. Los huevos más ricos de mujol mediterráneo, los sesos mejores de faisanes bravos y pavos indios llegaban en las naves que por cuenta del Estado recorrían todas las costas del mar. Las ostras del hermoso Lucrino, las almejas de Lusitania, las castañas negras y amarillas, las aves más raras puestas sobre muy gordos espárragos costaban un ojo de la cara y hacían perder de gusto el sentido á los glotones romanos. Las flores, únicamente las flores allí esparcidas, en meses á ellas tan opuestos como enero, costaban millones de sestercios. No

hablemos de la decoración fastuosísima, de los perfumes concentrados químicamente y luego diluidos en los aires hasta compenetrarse en ellos, de los regalos apercebidos á cada convidado según su categoría y dignidad. Cultivábanse ya en las aguas con dispendios enormes las gelatinas llenas de numerosos huevecillos que contenían sabrosos pescados, tan caros como si fueran objetos fabricados con metales preciosos. Aquel orador tan celebrado en los últimos días de la República, Hortensio, se ufanaba, más que del brillo de sus arengas, del acierto con que mostró á sus conciudadanos la mejor manera de asar los pavos reales. Las gallinas africanas merecían menciones de Plinio. No hablemos de vinos: el mismo Sófoles denominó á Italia la tierra preferida de Baco. Las aceitunas y los aceites que llegaron en tiempo de los Tarquinos obtenían superior cultura y privaban por su excelente sabor. En higueras se las apostaban los italianos con los griegos, y su cultivo se pierde allá en la noche de los tiempos y se junta en la obligada memoria romana con el agradecimiento á las primeras divinidades itálicas. Pero no obstaba esta fecundidad del suelo propio para que los italianos comieran en tiempo de Nerón higos prensados y secos de Siria y de Africa. No menos gustadas las almendras, aunque más recientes, pues no las probó Roma sino después de Claudio, como no probó las ciruelas sino después de Catón, como no probó las cerezas sino después de Lúculo, es decir, en tiempos muy cercanos. Al revés las granadas y su origen se perdían en tiempos inmemoriales. No así los melones y las sandías, que se habían extendido bajo el tercer emperador, contando como tal á Julio César, bajo Tiberio, predecesor de Calígula, como Calígula de Claudio, como Claudio de Nerón. A esto se unían toda clase de ricas especias que regalaban el gusto y el olfato en aquellos babilónicos banquetes romanos, ante los cuales hubieran palidecido tantos y tan célebres como legaran á la humana historia Baltasar y Sardanápalo. Pues los banquetes que tenían algo de litúrgicos y religiosos, como los dados en las saturnales, aún excedían en riqueza y lujo y brillo á los banquetes dados en otras ocasiones y con otros motivos diversos. Nerón á sí mismo se sobrepusiera en aquel banquete, donde, por precepto sacro, Británico debía orar como un César divino y él callarse como

un mísero esclavo: que tal inversión de oficios y tal cambio de papeles pedían las saturnales.

Pues si el paladar y el olfato se regalaban en estos banquetes, no se regalaban menos los ojos. Las preciosas telas multicolores de lino; las gasas abigarradísimas y cubiertas con realces de oro; las sedas finas de suyo hasta transparentarse; los mantos de tisúes mencionados por Plinio y Tácito como verdaderas maravillas; los cambios frecuentes de trajes á cual más rico; la vistosidad de colores á cual más llamativo; las púrpuras y carmines tirios; los tintes amatistas de un precio tal que por disposiciones suntuarias vióse Nerón obligado á prohibirlos; los diamantes llevados por Mitrídates la primera vez á Roma y puestos en tumbagas; las esmeraldas escitas; los ópalos rosadísimos, las vitrificaciones de todos matices talladas por buriles artísticos de primer orden; las perlas más estimadas que todas las otras piedras y tan en favor que los césares las incrustaban en los cubículos donde dormían, cuando algunas costaran seis millones de sestercios, como la que regaló á Servilia, madre de Bruto, Julio César; las redes hechas para sobrepuestas á las vestiduras con aljófares y piedras preciosas que llegaron á costar cuarenta millones de sestercios; los tesoros y joyeles del Asia y del Oriente, hacían de una comida imperial espectáculo tan maravilloso, que apenas podemos concebirlo en los desvaríos y exageraciones de nuestra imaginación, ni aun excitándola y sobresaltándola con exageraciones más ó menos fantásticas adrede. Pero lo más inconcebible todavía para nosotros, acostumbrados al esparcimiento y recreo en los regocijos, era ver sobre tanto exceso de vida, sobre tantas obras de arte, sobre tantos dispendios hechos para la nutrición y por ende para la conservación del cuerpo, volando, como un enorme y negro murciélago de negras alas, nada más que la muerte, compañera inseparable de todo despotismo. Podía decirse que sobre Locusta, sobre sus alquimias, sobre sus componendas, sobre sus maniobras, sobre sus cazoletas, como sobre bases incommovibles, ponía Nerón toda la inmensa mole del Imperio. Así, mientras tuviese á la envenenadora envuelta en misterios, apareciendo como una evocación de magia y desapareciendo como una sombra del orco, pronta siempre á herir sin avisar, no se curaba mucho de cuanto contra él hacían, en la

seguridad completa de romperlo y desbaratarlo por un poder tan eficaz de suyo y tan incontrastable para la destrucción como el poder de la muerte. Así una nube de tristeza corría por el aire aquel, trocándolo en pesadísimo, á manera de las presiones atmosféricas que adoloran la frente y encienden los ojos. Mas escuchemos las conversaciones entabladas en el banquete por los tres grupos á que aludiéramos antes, y que nos darán el hilo para ir por aquel intrincado laberinto de pasiones, á cual más intensa en los corazones, por lo mismo que no cabía la exterior expresión, permitida únicamente á los pueblos libres, ni la franca y leal aparición de lo encerrado en las entrañas del espíritu. Cada romano llevaba junto á sí un esbirro. Sobre las orquestas de un festín se oían sollozos de duelos y entierros. Nadie sabía si al apurar una copa de falerno, apuraba un verdadero tósigo. A lo mejor desaparecían los ciudadanos como si hubieran caído en el averno, y nadie preguntaba por el desaparecido en los temores naturales á que trajese aparejada la pregunta una sentencia de muerte. Así muchas veces iban los convidados á estos convites como reses al matadero, muy recelosos, muy escamados, con los párpados y los oídos abiertos á todos los vientos, ignorando si el suelo estaría minado, y al poner la planta sobre aquella superficie se les hundiría con verdadero estrépito y los devoraría con su insaciable voracidad. Y este carácter, común á todas las festividades aquellas, recrudescíase por una razón muy natural en festividad imperial y religiosa y artística y carnavalesca como las saturnales. Mas escuchemos á los principales interlocutores.

— ¡Grandioso festín este festín de la libertad! — exclamaba gozoso Británico sin ver la muerte que aleteaba sobre su cabeza.

— Preferiría un banquete de Platón — añadió Tito, acostado en los lechos de la mesa, junto á su predilecto Británico.

— Pues yo digo — añadió Vitelio, muy ligado entonces con los dos jóvenes príncipes, á causa de la nueva dirección trazada por las ideas de Agripina respecto del pobre y amenazado Británico; — yo digo que un rey de nuestros festines romanos, cosa ninguna puede envidiar al mismísimo Sócrates en persona, al mismísimo Sócrates.

— Habla con más respeto de Sócrates, Vitelio — dijo al privado de su madrastra el príncipe.

— Yo, ni le denuesto ni le desdoro; mas estoy en el caso de advertir que prefiero los banquetes romanos á los banquetes platónicos, porque no había en éstos el toque de regocijo y de voluptuosidad que hay en los nuestros.

— ¡Voluptuosidad! — exclamó Tito. — Exceso de vida y de sentimiento. ¡Oh! Mucho más á la naturaleza cuadra y mucho más con lo pobre de nuestro ser concuerda una dulce tristeza.

— Siempre, sí, mas no ahora, no en esta festividad hermosa de las saturnales, festividad en que podemos dar al viento las ideas como nos plazca y hacer aquello que gustemos.

— ¡Triste libertad ésta violentísima y transitoria! En vez de luz tibia, dulce, templada, luz de sol que dura, es luz intensa y centelleante, luz de relámpago que te deslumbra, te ciega, te atruena, te sacude con violencia y pasa.

— No hablemos de libertad — exclamó Británico, — no hablemos de libertad — viendo el melancólico sesgo que habían tomado las ideas de su hermano espiritual Tito á este respecto. — Hablemos de lo que antes hablábamos, de los festines en Roma.

— Pues hablando de los festines en Roma, dígame, mi buen Tito, que nadie conoce lo capital y lo primero de ellos, los coloquios célebres, los dichos inolvidables, las frases consagradas por el tiempo, como Vitelio, reputado entre todos de muy buena memoria.

— Pues dinos frases consagradas y célebres, Vitelio, puesto que las guardas con tal cuidado en la memoria y luego las recitas con tanta facilidad de corrido y de coro.

— Te gustará, Tito, te gustará mucho el arte con que Vitelio recita estas frases.

— Una vez — dijo Vitelio, entrando de lleno en materia y sin hacerse rogar más — que Aníbal, errante y proscrito, encontró franca hospitalidad en la corte de Antíoco, como éste, para deslumbrar al gran general cartaginés le mostrase arneses de todos colores, armas cinceladas como juguetes, elefantes cargados con torres de marfil en sus espaldas, bridas de oro y frenos de plata, diciéndole si habría con todo aquello bastante para los romanos, respondióle Aníbal: «no bastante, sobrado, por avarientos que sean.»

— Pues yo creo más graciosa y feliz — añadió Británico — aquella otra respecto de Marco Antonio, que has dicho en varias ocasiones á mis amigos, según éstos me han contado.

— No me atrevería, no, á ese recuerdo por tratarse de un tan cercano deudo tuyo.

— No importa el parentesco mío con él. Dila.

— Con tu permiso. No ignoráis que Antonio, el gran general romano, bebía mucho. Y no ignoráis que, vencido, no obstante su valor hercúleo, en Módena, fué al Egipto. Y como le preguntasen á un subordinado suyo qué hacía el general en el Nilo, respondió: «hace aquello que hacen los perros egipcios, bebe corriendo.» Con efecto, es tal el miedo que tienen los perros egipcios á los cocodrilos del río, que para no caer en sus fauces, beben las aguas á una carrera tan precipitada, que casi vuelan.

— Me gusta más el dicho de Demóstenes respondiendo á quien le dijo que por un medio talento podría pasar una noche á su gusto con la cortesana Lais: «no quiero comprar tan caro un remordimiento.»

— Pues aún me parece mejor el dicho de Publio — exclamó á su vez Vitelio, — que viendo al envidioso Minucio muy triste, dijo: «ignoro qué mal puede haberle sobrevenido á él, ni qué bien á otro.»

— Profundísima frase — dijeron á una todos los circunstantes.

— Cicerón — continuó diciendo Vitelio — se distinguía, no sólo por sus períodos elocuentes, por sus dichos agudos. Una vez que le dieron falerno casi en mosto, encareciéndolo como vino de cuarenta años, exclamó: «nadie diría que fuera tan entrado en edad, parece un muchacho.» En otra ocasión, como le dieran á su hermano Quinto una espada muy larga, siendo él muy bajo, preguntó: «¿quién ata el cuerpo de Quinto á esa espada de Titán?» Y lo mismo era el emperador Augusto de ocurrente y donoso. En cierta ocasión, como le diera su cese á un prefecto de caballería, y éste le pidiese un premio en dinero, diciendo que no lo pedía por lo provechoso de tal suma, sino porque todo el mundo supiese que se la había dado el emperador, «pues mira — dijo éste, — di á todo el mundo que te he dado la cantidad, y no lo negaré yo.» Cierta jorobado abogaba en su presencia, y como dijera: «si algo ves en

mí de incorrecto enderézame.» «Puedo advertirte — le contestó Augusto; — no puedo enderezarte.» Saberio también se distinguía por sus dichos, entre los cuales hay muchos célebres. «Piensa en tus tratos con los amigos — decía, — que alguna vez pueden ser tus enemigos. A nadie permitáis ni toleréis cosas ó especies que pasen allende lo razonable ni lleguen allende lo permitido. Jamás conjuraréis un daño grande sin arriesgaros á correr otro igual ó mayor.»

— ¡Muy bien está eso! — exclamó Británico; — mas ya es hora de que yo me levante y diga lo que debe decir un emperador semanal, como yo, á sus esclavos.

En efecto, la ficción de que Británico reinaba se llevó á los mayores extremos. El rey de aquel grandioso festín le pedía las órdenes á él y no á ningún otro. Las reverencias y las genuflexiones de los cortesanos hacíanse ante su persona y no ante la persona de Nerón. Quemaban los sacerdotes incienso en sus narices y rogaban por él en las litúrgicas fórmulas á los dioses. Servíasele primero que á nadie los platos, pues el verdadero César no parecía sino uno de tantos en aquella inversión de todas las dignidades, impuesta por las añejas costumbres y por la secular liturgia. Británico ponía los temas de la conversación; Británico señalaba el orden regular en que debían ir llegando los platos; Británico aceptaba todos los homenajes; Británico disponía toda la serie de diversos espectáculos compañeros de aquella grande fiesta. No había mesa imperial de gala, como decimos ahora, mesa de aparato, mesa de verdadera rúbrica cesárea, sin que acudiesen los libertos en tropel y los patricios humillados, y el sacerdocio dispuesto á tributar un culto al César que antes á los dioses tan sólo se consagraba, y los farsantes ó cómicos para representar cualquier diversión, y los bailarines y las bailarinas para trenzar danzas, y los bufones para decir gracias, y para dar saltos los titiriteros, y para tocar las músicas, y para entre sí matarse los pobres gladiadores en aquella mezcla de voluptuosidades y de carnicería que compuso la perversión imperial con todos sus excesos y todos sus escándalos. Aquella cena saturnal sobrepujaba en esplendor á todo por el dios de los dioses á quien se dirigía; por los ritos que la consagraban; por la fuerza del tiempo y de la tradición que la mantenían;

por la excepción bien extraña y singular de verse, no solamente los esclavos vulgares y domésticos libertarse de sus amos, sino también alzarse un opreso, un maltratado, un infeliz, un mártir como Británico, por un momento, á ceñir la corona de su padre y á representar el pueblo-rey, en cuyo seno latían pasiones de verdadero entusiasmo por aquel cuitado. Imaginaos con cuál impaciencia soportaría Nerón todo aquello tan opuesto, aunque pasajera-mente, á un poder del cual no quería desasirse ni un minuto. Callaba porque temía revelar con una palabra el estado de su ánimo, y dar pretexto al patriciado para mover el ejército contra su persona, y al ejército para mover contra su persona el pueblo. Cualquier palabra suya contra la liturgia era un suicidio. Así pudo señorear su temperamento rebelde á toda prudencia y no le traicionaron sus labios. Pero el ataque nervioso que le sacudía, el sudor que le bañaba, el relampagueo siniestro de sus ojos enrojecidos, el resuello de su pecho ahogado, la convulsión casi epiléptica de su cuerpo, mostraban la crisis horrorosa de su ánimo ante aquel espectáculo, pareciéndole á la verdad próximo un destronamiento de veras, si por acaso consentía mucho tiempo aquel imperio de mentirijillas con que le atormentaban las dichosas saturnales. Séneca, sentado muy cerca de su persona, le decía estas palabras, como en son de disertaciones abstractas sin aplicación á realidad alguna.

— Libertamos hoy á los esclavos de sus dueños y no sabemos libertarnos de las pasiones que nos dominan. Ellos rompen su cadena y nosotros no rompemos nuestra ira. Si sois activo por codicia, valeroso por cólera, muy amante por sensualidad, muy amigo por interés, muy granjeador del vicio, muy libre para el mal, como si nada de todo esto fuerais. Una razón que sólo cree aquello que le dictan sus pasiones, parece á un amor que sólo busca el placer y satisfacción de los sentidos. La virtud debe ser poderosa, porque cuanto más ella puede, más el bien general gana. Pero debe ser el vicio impotente, porque su poder sólo sirve para el mal. No confundáis la cólera con el valor. Es la cólera una pasión que ciega; y los ciegos con todo chocan y tropiezan. Un general sereno gana de continuo y un general iracundo de continuo pierde las batallas. Roma vence á los bárbaros porque se airan éstos, mien-

tras la ciudad conserva su paz de diosa. El odio mata, pero no engendra. Para engendrar se necesita el amor. Como Dios vivifica ó impulsa el universo, debe vivificar é impulsar el alma de suyo á nuestro cuerpo. La paciencia quizá sustituye al genio en los estadistas; y lo que únicamente se alcanza en poesía por la sobrenatural inspiración, se alcanza en política por hondas reflexiones y meditados acuerdos.

Aunque Nerón estaba distraído en la grande absorción de sus planes, encaminados á deshacerse de Británico, y oía como quien oye llover á Séneca, no dejaba de recoger alguna de aquellas sentencias estoicas y revolverse contra su forma imperante y contra su sentido de resignación y de paciencia en interiores protestas. La escena muda que pasaba entre su privado Tigelino y él tenía mucho más interés que todo cuanto se hablaba y se decía en el banquete. Poco antes de celebrarse tal fiesta el cortesano había visitado á la envenenadora. Y apenas entrado en la visita, recogió ella todos los zumos varios de plantas venenosas y todas las destilaciones de materias, así minerales como animadas, que daban la muerte con sus corrosivas y aniquiladoras substancias. En un pomo de materia muy consistente y cerrado por modo hermético se concentraban y contenían todas aquellas mixturas preparadas para libentar á Nerón de su émulo y hermano. Quien siguiese á Tigelino tras la entrevista con Locusta viéralo ir en busca del escanciador principal de los emperadores en los grandes festines y entregarle aquel horrible objeto. Ya puede imaginarse, quien leyere, cómo estaría Nerón. En realidad, todos cuantos crímenes en el reinado suyo y en la preparación del reinado se cometieran, habíalos cometido su madre. El primero, á cuya perpetración él solo se había decidido y arrestado, era este singularísimo, el crimen que debía libentarle de Británico. Pero el recelo, el temor, la incertidumbre, la duda, batallaban dentro de su pecho en horrible guerra. No veía más que al escanciador encargado del veneno y no oía sino sus pasos, siguiéndole fascinado á todas partes con los ojos. Sin embargo, estas fascinaciones, esta enajenación de sí mismo, este apegamiento á un solo proyecto no le impidió escuchar la consideración de su maestro acerca del afecto cólera y de la palabra paciencia, contestándole con exaltación en los términos siguientes:

— Aún le parece, madre, á Séneca nuestra paciencia de césares poca. Pues dondequiera que pones mano, tocas una enconada enemistad al emperador y al imperio. En tiempo de la República se combatía con más desahogo á los magistrados y á las magistraturas de aquel tiempo; mas ahora, como el emperador y el imperio componen un todo inseparable, no puede, no, á éste darse un golpe que no caiga sobre aquél también y no lo trastorne todo y no malhiera á todos. Fuera del ejército, aquí no hay gentes fieles. Tras las guerras civiles todos aclamaban al imperio porque el imperio era la paz. Después de haber conseguido este supremo bien, échase muy de menos la pública libertad; y todos quisieran volver á sus agitaciones, aunque trajesen las guerras civiles consigo. En el Senado nadie levanta la voz; pero en las tertulias maldicen todos del gobierno. Los que, sentados en su sede curul, parecen estatuas, así que penetran en un círculo razonan y discurren sin tasa. Dentro de lo más ajeno á la política se halla una tremenda política conjura. Las reuniones literarias son reales conspiraciones. Esas conferencias inauguradas por Polión bajo Augusto llegan á no dejarnos vivir en paz. Un lector se atrevió á decir, imperando Tiberio, lo que sigue: «antes te gustaba el vino; ahora te gusta la sangre.» No hay tragedia sin traidor; y no hay traidor que deje de revestir la forma de un tirano; y no hay tirano que deje de representar y evocar á un César. Pues qué, ¿no he leído yo en versos, publicados bajo mi propio reinado, estas palabras: «Si los reyes no tienen maestros de perfidias y engaños y maldades y crímenes, ya se los enseñará el trono.» O estas otras: «El veneno sólo se propina en copas de oro.» No puede pasar un hombre de bien, como Trhaseas, por la calle, sin que le imaginen un enemigo del imperio, aunque todos sus discursos comiencen por loas al emperador. Si las lanzas se rebelasen como las lenguas, no quedaría títere con cabeza en Roma. Este invoca un apellido tan republicano como el apellido de Catón; aquél una sombra tan triste y nefasta como la sombra de Bruto. ¿Crees que se puede vivir así en Roma? Voy á recobrar mi poder. Esta misma fiesta, que ahora celebramos, no debía continuar. Cuando la malicia estaba proscrita del mundo, no se corría riesgo en hacer de los amos siervos y de los siervos amos. ¿Quién podría volvernos hoy á los

tiempos de Saturno, sin autoridad y sin leyes, en que los hombres vivían á su grado so las ramas de los árboles, y con una piel de borrego se vestían, y con un puño de bellotas se alimentaban, y bebían por todo licor de rodillas sobre las márgenes de césped las cristalinas aguas del fluyente arroyuelo. Pero ahora, el esclavo que manumitís por siete días, se cree dueño de sí mismo para siempre, y aquel que representa el emperador, como en este momento, no cree representarlo de mentirijillas, como en un teatro, sino de veras y muy de veras.

Cuando llegaba Nerón á este punto de sus reflexiones, Agripina creyó de su deber intervenir en su discurso y mostrarle cómo en palabras también le vencía y superaba, como apercibida por el cielo en divinos designios, no sólo á madre natural suya, sino á su eternal maestra y directora. Implacable perseguidora de Británico, mientras temió que los derechos de éste le quitaran el trono de su hijo, sobre quien estaba segura de mantener su poder, quebrantado ya por las indocilidades nativas á Nerón, habíase vuelto tras estas indocilidades á la devoción del entonado y le alentaba con empeño á irreverencias y amenazas, imaginando fácil mantener su poderío y supremacía entre las rivalidades múltiples de uno y otro. Así, creyóse obligada para la sustentación de aquel gran poder tutelar suyo á dirigirse al emperador, deteniéndole y refrenándole un poco, tanto en las temerarias críticas de los santos ritos del dios Saturno cuanto en los despegos de su hermano, constreñido por ella misma en aquella noche á producirse con toda libertad, sin sospechar siquiera que Nerón pudiese defender su persona y castigar á su enemigo con el terrible crimen que iba urdiendo con paciencia de araña y astucia de serpiente. Así Agripina le habló al César en estos términos:

— Mira, Nerón, jamás te vuelvas contra los tuyos. Por tu sangre tienes la púrpura que llevas sobre los hombros. Si no fueses de la familia del divino César, no serías emperador de la Ciudad Eterna. Tu madre Agripina te dió la educación correspondiente al rango tuyo. Tu esposa Octavia, la hija de Claudio, mi marido, te aportó en la dote suya esa diadema con que hoy te ufanas y envaneces. Por consiguiente, los que tales privilegios te han transmitido con el calor de su vida, bien pueden participar de él á de-

rechas y compartirlo con tu persona en santa comunidad. Así, nada tan indispensable como que tú completes las cualidades nativas tuyas con las cualidades propias de tu hermano querido. Británico y Nerón pueden formar y deben formar con Octavia y Agripina un grupo imperial, como no han visto ningún otro los siglos, y prosperar á Roma, como nunca se la prosperó en tiempo alguno antes. Así, deja que diga cuanto quiera Británico y apercíbete á gobernar el imperio en compañía y junto con todos aquellos que te han dado tan precioso don, en el cual le corresponde, sí, el primer honor, el primer nombre, la primera dignidad; mas no todo el poder, pues de ese poder tenemos que participar naturalmente tu madre, tu esposa, tu hermano.

Mientras Agripina decía todas estas cosas, el cuerpo de Nerón temblaba como si estuviese azogado. Cada una de aquellas palabras le caía como una granizada de fuego en el oído, pero no le arrancaba ni una sola frase. Mientras Agripina decía tales cosas, tan desagradables para él, tornaba él sus ojos á todas partes y seguía con anhelo, así los pasos del escanciador encargado de propinar el veneno, como la siniestra figura de Tigelino, á quien había dicho diera la señal de matar á Británico en cuanto Británico pronunciara su aguardado discurso. Agripina presagió muy bien del silencio de Nerón. Creía obediencia y conformidad la reserva. No sospechaba cuanto se contenía de amenazador en aquel silencio. Después de haberlo engendrado, parido, educádolo, sobrepuesto á su alma y á su carácter el alma y el carácter maternas, Agripina desconocía el hijo de sus entrañas, no sabiendo penetrar en lo secreto de sus pensamientos y en lo recóndito de sus intenciones, cuando una tigre como ella sólo podía dar á luz un tigre como Nerón. La falta de respuesta en un ser tan susceptible de continuas emociones acaso le hubiera puesto en la pista, ó por lo menos en sospecha, de lo que maquinaba su hijo, si en aquel momento no hubiese dado el rey de tan excelso festín la orden de silencio y no se hubiera levantado el infeliz Británico á decir su libérrimo discurso, que tan caro debía costarle. Oigámosle:

— Esta festividad — decía en su discurso Británico — es la festividad de los esclavos. Así lo quiso el creador Saturno y así lo ha consagrado en siglos de siglos la divinidad que se llama Roma.

Hay quien ha querido expulsar los esclavos de la especie humana y hay quien cree que los dioses pueden curarse de los chinches y no pueden curarse de los siervos. Y sin embargo, recordad cómo Júpiter castigó cruelmente á quien cruelmente castigara en cierta ocasión á un esclavo. Corría el año 164 de la fundación del pueblo rey. Un cierto Máximo azotó con haces de espinos á un su esclavo y lo paseó por el circo, antes de los juegos, atado á una picota. Pues bien: los dioses no solamente infligieron castigo al esclavo, infligiéronlo también á los patricios, que no habían querido en el Senado acusar al reo de semejante crueldad. Les llamamos á los siervos nuestra propiedad, y está su cuerpo formado de las moléculas mismas que nuestro cuerpo y el alma suya es como el alma nuestra.

Una salva ruidosísima de aplausos siguió á estas palabras; los cuales indignaron á Nerón en términos de que, inclinándose al oído de Agripina, le dijo:

— No se puede humanamente vivir así, no se puede. Con tales teorías el mundo se acaba y se viene á tierra la máquina celeste.

— ¿No podría en alguna ocasión acontecer que nosotros pasásemos á esclavos y los esclavos pasasen á señores?

— ¿Oyes lo que dice tu hermano? — preguntaba Nerón á Octavia, sin que la infeliz le respondiese una palabra.

— Como el divino Platón, á la manera de Creso y Diógenes y Hécuba, cayó en la esclavitud, con ser el primero de los filósofos, puede caer el divino Nerón, aunque sea el primero de los romanos, en la esclavitud también.

— ¿Has visto audacia como esa? — preguntó el emperador á su madre.

— Representa su papel de manumitido esclavo á maravilla — dijo la madre.

— ¡Los dioses quieran que sólo sea Nerón esclavo de sus pasiones!

— ¡Cuál temeridad! — exclamó Nerón. — Si para ser César necesita uno tolerar todo esto, prefiero ser histrión, titiritero, esclavo, cualquier cosa.

— Perdónalo, Nerón — atrevióse á decir Octavia; — tales palabras no están en su mente y en su voluntad, están en las costum-

bres nuestras. Si Británico no se tomase tamaña libertad de lenguaje, frustraría la expectación y la esperanza de los venidos aquí á escuchar cosas atrevidas y fuertes.

— Calla, deslenguada; eres peor cien veces que tu hermano.

Y al decir esto miró el emperador con tal odio á su esposa, que esta infeliz se tapó el rostro con las manos, como si no pudiera soportar lo fulminante de aquella mirada.

— Pues que mientras el esclavo de Nerón lo es por decreto del destino y por ley de necesidad, constitúyese Nerón de suyo en esclavo de su sensualidad, de su avaricia, de sus vicios, de su propio despotismo.

Un rumor espantoso corrió por el público al oír tales palabras. Nerón se levantó de su lecho é hizo una seña grave á su privado Tigelino. Hecha esta seña, el privado hizo á su vez otra seña grave al escanciator. Y, hecha esta seña, el escanciator se colocó, vaso en puño, al lado de Británico. El mucho vino apurado y el ardor intenso con que dijera las primeras palabras de su arenga secaron las fauces de Británico y pidió de beber. El esbirro que debía escanciar, le dió un vaso de oro. Británico lo apuró de un trago. Y no había concluído de beber cuando cayó en el suelo como herido de un rayo.

— ¡Dioses! ¡La muerte! — exclamó Tito lanzándose sobre su amigo que aún se estremecía.

— ¡La muerte! — añadió la pobre Octavia cayendo de espaldas.

— Sí, la muerte — dijo Nerón volviéndose á su madre Agripina. — Soy tu hijo.

— Perdida, perdida, perdida para siempre — dijo Agripina, muy aterrada en su interior, pero sin desconcertarse mucho exteriormente, guardando la olímpica serenidad que le acompañaba en los mayores trances.

— El primer crimen de César — dijo Séneca volviéndose á Luciano y Propercio. — Ninguno de nosotros morirá en su cama.



## CAPÍTULO XI

### EL VIBOREZNO

— ¿Desterrada del Palatino? — preguntaba el favorito Vitelio á la emperatriz madre.

— Desterrada, Vitelio, como ves.

— ¿La que antes agrupaba el pueblo romano en torno suyo, tan sola hoy?

— Enteramente sola.

— ¿Te acuerdas, Agripina, del astrólogo?

— No lo recuerdes, Vitelio.

— Los hechos de hogaño van á una confirmando las profecías de antaño.

— Yo he considerado siempre al hijo de mis entrañas capaz de herirme con un puñal en el seno que lo engendrara; mas no lo he creído capaz de lo perpetrado ahora, capaz de alejarme del trono y del palacio á la vista de todos.

— Con efecto, esta casa de tu abuela dista en riqueza y en comodidad y en gusto del Palatino tanto cuanto dista una choza de esta casa.

— Nada de corte: separa de mí Nerón los amigos y devotos míos, llamándolos enemigos suyos. Nada de aquellos esbirros y delatores que todos los poderes y todos los príncipes romanos han menester en torno suyo: la precaución para sí, la defensa de su per-